

EL TERCER TERMINO EN LA DIALECTICA DE LA GUERRA FRIA

Trazar, aunque sólo sea en esquema, el plexo dinámico de la diplomacia y de las tendencias de la «guerra fría», requiere un espacio del que aquí no dispongo y una documentación que sería abrumador apuntar siquiera a grandes rasgos. El tema de este ensayo es ya de por sí bastante complejo para que lo impliquemos con todo el contorno de relaciones que connota su sola expresión. La «guerra fría» ha sido una frase acuñada por Walter Lippmann y que, por el buen crédito que goza este comentarista norteamericano de política internacional, ha corrido el mundo. En realidad, no es nada concreta la frase, y tampoco es exacta, pero su brevedad la ha hecho moneda corriente para todos los comentaristas. La guerra, cuando es de veras guerra, nunca es fría. Más que en período de tensión bélica, estamos ahora en trance de una nueva diplomacia *in fieri*. El signo de esta nueva fórmula de las relaciones diplomáticas parece marcarlo Washington, y se asemeja mucho a la manera de actuar los hombres de negocios. Las reuniones interministeriales de orden internacional habidas en los dos últimos años, más que conferencias diplomáticas al viejo estilo, evocan esos «Consejos» en que los grandes intereses del Comercio, de la Industria y de la Banca plantean sus problemas e indagan soluciones. Una suerte de febril facticidad empresarial se ha apoderado de los cancilleres o ministros de Relaciones Exteriores del Occidente. Y digo del Occidente porque el otro bando, el soviético, es mucho más parco en este tipo de reuniones. Si comparásemos en doble columna estadística las citas que se han dado los gobernantes y diplomáticos del Occidente con las celebradas por sus colegas del Oriente, veríamos que entre ambas columnas había la misma desproporción que entre el secuoya y el arbolado enano de la tundra.

No se me oculta lo relativos que son los términos «occidente» y «oriente»; pero, antes de entrar en mi tesis, me conviene utilizarlos.

pues son de usanza corriente, para entendernos sobre una panorámica de la política internacional a la que diariamente nos asomamos a través de la ventana de los periódicos: Oriente es la parte de allá del «telón de acero» que corre desde Sttetin a Trieste, deriva después por los montes de la Macedonia hasta los Estrechos y Mar Negro y sigue luego las fronteras de Turquía, Persia, Afganistán y Sing-Kiang, para desbordarse en riada por toda la inmensa geografía china. Occidente es, en términos vaguísimos, el resto; es decir, que si cogemos el globo terráqueo y pintamos de rojo escarlata la porción directamente sometida al influjo de Moscú, y de rosa las partes en que se disputan prevalencia las diversas cancellerías, y teñimos de azul todo lo demás, visualmente tendremos la perspectiva política del mundo.

ESQUEMA DE NUESTRA SITUACION

Conviene que echemos una mirada en torno nuestro, a fin de localizar el punto exacto de intersección de tendencias en que nos encontramos. Desde que en San Francisco, en el año mismo en que concluyó la última guerra mundial, se intentó realizar el sueño de las Naciones Unidas, la diplomacia no ha hecho más que caminar de ruptura en ruptura. Rusia fué la primera que, después de haber tanteado las posibilidades de absorción que le ofrecía la China de Chan-Kai-Chek, se lanzó a trastocar el dispositivo diplomático-estratégico que la guerra había dejado en Asia. Movilizó a Mao-Tse-Tung e inició la conquista del mundo amarillo. Esa conquista quedaba virtualmente concluída a fines del año 1949. Sólo el despiste que padeció en esos años la diplomacia de Wáshington y el abandono en que se dejó a Chan-Kai-Chek pudo darle a Rusia en la mano un triunfo tan fácilmente logrado. Y es que Wáshington creyó poder atracarse a Mao-Tse-Tung. Fallado este propósito, prevaleció en Wáshington la idea de que era preciso asfixiar económicamente al nuevo orden de cosas que se había establecido en Pekín, y dió principio el bloqueo de la China pro-soviética, no sin que antes pugnasen en Nortcamérica dos tendencias: una que todavía insistía en llegar a un «modus vivendi» económico con Mao-Tse-Tung; otra que desesperaba ya de lograr nada útil por el camino de la componenda. Hasta fines del año 1949 no se puso en tensión el extremo Este de Asia. Ambas di-

plomacias, la de Moscú y la de Wáshington, jugaban a la carta Mao-Tse-Tung y pretendían ganar la jugada por habilidad o por otorgamiento de ventajas económicas. Pero también aquí fracasó la picardía y triunfó, como en todas las grandes ocasiones de la Historia, el mesianismo revolucionario, que no admite medias tintas y que, en su primera fase, es implacable y austero, aunque luego se reblandezca en complacencias hacia la circunstancia.

La misma empresa que en China, pretendió realizarla Moscú en Indochina, Indonesia, Filipinas e Indostán. Los años 1946 a 1949, inclusive, fueron de sucesivas intenciones del comunismo, o de los partidos por él influidos, para hacerse con el poder en esa geografía hormigueante, caótica y en pleno advenimiento hacia su propia estructura. Holanda fué expulsada de Indonesia; Estados Unidos tuvo el gesto de independizar a Filipinas; Francia se vió precisada a darle autonomía a Bao-Dai; Inglaterra sintió cómo se le rompían las amarras con Birmania y cómo la península malaya se le crizaba en guerrillas que la jungla hacía poco menos que invisibles en su mortífero sarpullido; el Dominio de la India se escindía sangrientamente en dos inmensos bloques (Indostán y Pakistán); Ceilán se desprendía, aunque cortésmente sometido a la Corona de Londres. Toda Surasia está hoy, por virtud de los hechos que acabo de reseñar, pululando en rebeldía y desconcierto interior. La incógnita está en qué forma prevalecerá, por fin, sobre este espacio geográfico, tan vital para la economía y el comercio del mundo industrializado, que tiene sus metrópolis en Europa y Norteamérica. De lo que suceda en Surasia, como de lo que ya sucede en China, incumbe responsabilidad principal a los Estados Unidos, los cuales hasta la fecha no han sabido utilizar su inmenso poderío para ejercer con él el oficio de moderadores y catalizadores de la transformación del mundo asiático. No se ha hecho constar debidamente en la gran Prensa europea, ni en las revistas técnicas de política internacional, el hecho formidable, gigantesco, apocalíptico, de que desde 1945 para acá Europa ha sido desalojada de Asia, no tanto por el brote de rebeliones autóctonas de los países coloniales o dominados, cuanto por la presión que Wáshington ha ejercido, de un modo continuo, sistemático y enérgico, sobre los Gobiernos metropolitanos para que fuesen otorgando soltura e independencia a las que eran sus colonias o dominios. Con esta política, que la Historia juzgará en su verdadero alcance, ha realizado Wáshington la colosal paradoja de

que mientras por un lado volcaba su ayuda económica (el famoso Plan Marshall) sobre Europa para restablecerla a su nivel productivo de antes de la guerra, por el otro lado le iba cercenando aquellas raíces imperiales por las cuales Europa venía absorbiendo desde siglos atrás su savia de los puntos más feraces de la tierra.

Y cabe preguntar: ¿Puede Europa, sin exponerse a lenta depauperación, continuar sometida a esta paradójica tutela que sobre ella viene ejerciendo la política extraeuropea? Ni Moscú ni Washington, cada cual desde su ángulo, parecen considerar a Europa como bloque homogéneo y parigual, sino como instrumento que manejar para una hegemonía futura sobre el mundo; hegemonía que tanto Moscú como Washington pugnan por desarrollar.

Este es el esquema de nuestra situación actual. Moscú está plenamente enfrentado con Washington, y ambos rivales quieren, antes del choque definitivo, hacerse con la inmensa fuerza de Europa. Inmensa fuerza, digo, porque aun hoy, mutilada y todo, Europa sigue siendo, con su demografía —de nivel cultural más alto que ninguna otra—, con su industria —más técnica y más austera—, con su moral de combate —más dinámica—, con su capacidad de expansión comercial, con su faústico empuje hacia lo universal, con el poder captador de su estética, con la elevación de su espíritu religioso, con la brava condición militar de sus mocedades, el *Continente decisivo*.

LOS DOS TERMINOS DE LA GUERRA FRÍA

Con insistencia machacona se ha venido hablando por tirios y troyanos de un dilema o alternativa en que forzosamente el mundo estaría hoy repartido. Ese dilema se expresa así: Rusia o Estados Unidos. Y se impone la pregunta: ¿Es posible que la complejidad de las relaciones políticas, culturales, económicas y aun meramente humanas, entre los diversos pueblos, no pueda declinarse por otra desinencia que la que ese dilema les depara? ¿Hemos de ser todos los hombres sobre la tierra hoy vivientes de tan esclava condición que no podamos vernos exentos de optar por un tercer término en este dilema de la guerra fría? Su respuesta es la que me interesa. Y primeramente es necesario enjuiciar la razón, por si ella fuera concluyente, de esa general creencia que dualiza

hoy las orientaciones de la diplomacia y aun de la mera inteligencia. Sólo tratándose de un problema de vida o muerte, cabría que el mundo se polarizara en dos dimensiones. ¿Existe ese problema tan tajante de vida o muerte? Existiría si cualquiera de los dos protagonistas, hoy en lucha sorda, supusiera un orden de salvación para la angustia colectiva que avasalla a las multitudes humanas. Pero, francamente, ¿quién será tan osado que se atreva a afirmar que Moscú o Wáshington comportan en su programa todas las soluciones a la compleja angustia de nuestro tiempo? Por otra parte, ambos protagonistas, y ello es índice de la confusión en que nos movemos, hablan parecido lenguaje y airean semejantes términos de propaganda: democracia es un vocablo «tabú», mágico, inmensamente vacío, donde cabe todo, y ese vocablo es pronunciado, con énfasis de altavoz, de la misma manera por Moscú que por Wáshington. La diferencia entre ambos contendientes no está en las palabras que usan, sino en las conductas que uno y otro desarrollan. Aquí, en las conductas, sí que hay, ciertamente, diferencia notable. Wáshington significa la expresión mágica de la estructura capitalista; Moscú es la versión de la estructura más férrea de colectivismo estatal. Pero si entramos en la interna forma de aquel capitalismo y de este colectivismo, nos encontraremos con semejante espíritu moviéndolos y plasmandolos. Wáshington, como Moscú, adolecen de un materialismo brutal, en que el hombre como tal significa apenas nada. Para el capitalismo, el éxito, la máquina, la «taylorización» del esfuerzo, son el armazón en que obligadamente ha de encuadrarse la libertad humana. Para el colectivismo estatal, el hombre se refunde como un simple número en la suma, y lo que cuenta es el total, la masa indiferenciada, el trabajo «stajanovizado», la nivelación de todas las ideas por la suprema instancia de su servicio al fin político del Estado. Aunque desde diversos ángulos, capitalismo y colectivismo inciden en una proyección única, como dos sectores opuestos, pero simétricos, de una misma realidad sustancial: la materia imponiéndose al espíritu. Por tanto, el dilema habría que transportarlo del plano en que hoy está planteado, y en vez de la disyuntiva Wáshington-Moscú, habría que optar entre la disyuntiva materia-espíritu. Wáshington y Moscú son dos colosales armazones político-económicas, que aspiran a la autarcía. No son dos soluciones a la inquietante pregunta que hurga la conciencia de los hombres libres que actualmente se preocupan del futuro en el mundo. Si acaso, Wáshington

y Moscú son respuestas convergentes a la pregunta que allá en 1848 lanzó la revolución social. Lo que pasa es que Moscú lo ha masificado todo (política, cultura, religión, arte, trabajo) desde la atalaya del Estado, y Wáshington lo ha masificado todo también, pero no desde el Estado, sino desde la gran empresa o «trust». El régimen «standard» tiene vigencia igualmente en la estructura soviética que en la estructura yanqui. Los poetas, que suelen ser antenas muy sensibles a las corrientes del espíritu y que tienen un don diríamos que adivinatorio, han reaccionado por igual contra ambas clases de masificación. El lamento de Blok (soviético) repercute en Ezra Pound (norteamericano). Fijémonos en que el arte, que ha sido en todo tiempo y sigue siendo la suprema expresión del espíritu libre, padece, lo mismo en el ámbito soviético que en el yanqui, parca esterilidad (1). La uniformación, y todo régimen masificado o «standard» la comporta, es una campana neumática que asfixia en su vacío espiritual todos los ruiñeñores del espíritu, que para cantar necesitan libre el vuelo y vagar de árbol en árbol, de umbría en umbría, fuera de todo estrépito maquinista.

El mundo está polarizado en dos extremos, Wáshington-Moscú, por una canalización de fuerzas, provocada por la estupidez de la propaganda y por la ingenuidad de las multitudes, y en esas multitudes se inserta la minoría intelectual, que la escuchan sin discernimiento. Esta polaridad es la que ha producido la tensión peligrosa en que hoy nos encontramos. Tensión que no creo, y sentiría mucho equivocarme, que sea precursora de guerra inmediata; pero sí es lo suficientemente peligrosa para esterilizar la germinación espiritual que espontáneamente se está ya percibiendo en algunas capas sociales. Germinación de una manera de pensar y de sentir nueva, equidistante de ambos tipos de «standardización» mencionados. Todo sistema de fuerzas, para obrar en equilibrio y compensarse necesita, cuando menos, tres factores. La misma balanza, que es el esquema elemental de la dinámica, funciona articulándose en tres momentos vectoriales. Pues bien, la política que actualmente se hace en el mundo bascula de extremo a extremo, de Moscú a Wáshington, sin el tercer factor que le pueda dar nivel y aplomo. Ese tercer factor es tan urgente, que, sin su emergencia sobre el plano de

(1) Por cierto que cuando los poetas se han sentido parte en la lucha política, lo mismo en Norteamérica que en Rusia, han sufrido en su carne las iras de los poderes públicos. (Ezra Pound ha salido recientemente de la cárcel para un manicomio; no corrió mejor suerte Blok.)

la política internacional, ésta irá fatalmente al choque a la vuelta de dos o tres años. Necesitamos el fiel de la balanza. Ese fiel de la balanza es Europa; debe serlo, cuando menos (2).

Lo cierto es que ni la O. N. U., ni los acuerdos por separado de los «occidentales» por una parte y los «orientales» por otra, entre sí, han logrado hasta la fecha hacer desaparecer la tensión existente. La O. N. U. se encuentra en una especie de vida larvada, sin posibilidades de acción para decisiones que afecten a los llamados «grandes», que, con su derecho de veto, inutilizan toda solución a cualquier conflicto planteado entre ellos. No es cosa aquí de puntualizar esta afirmación con datos de la experiencia cercana. Todos sabemos que la O. N. U. no se reunió en la primavera pasada porque Rusia ponía como condición que el representante de la China de Chan-Kai-Chek fuera sustituido en la Asamblea, en el Consejo de Seguridad y en los organismos técnicos por el representante de la China de Mao-Tse-Tung. Y próxima está ya la reunión convocada para el mes de septiembre, sin que a estas alturas se sepa todavía si los «grandes» han llegado o no a una solución de compromiso. Trygve Lie ha vagueado de aquí para allá, de Washington para Moscú (que son la Ceca y la Meca de nuestro tiempo), intentando una salida del callejón. La verdad es que el viajero también iba buscando, a través de un éxito personal, reanudar otro período de cuatro años como secretario de la O. N. U. Pero los indicios son de que Lie no ha conseguido abrir brecha en el muro que cierra el callejón.

He aquí, por tanto, que la política del mundo se encuentra esquemáticamente dibujada así: la O. N. U., suprema instancia diplomática, pero sin medios prácticos para hacer valer sus decisiones cuando esas decisiones son vetadas por alguno de los «grandes»; el Pacto Atlántico, que ha venido a sustituir para una parte de Occidente la eficacia que la O. N. U. no posee; los pactos bilaterales de cada uno de los países satélites de Europa oriental y de la China comunista con Moscú. En la

(2) Cabe preguntar si, antes que un esquema dinámico bascular jugando sobre el fiel, no sería mejor para el equilibrio del mundo otro esquema de cuádruple momento vectorial. Yo, modestamente, así lo entiendo. Todo equilibrio en el orden físico y la política tiene mucho de naturaleza física de pesos y contrapesos, se mantiene mejor sobre cuatro puntos que sobre tres. La naturaleza, que lleva implícita en su dinámica la sabiduría de Dios, se ordena a sí misma según una estructura cuatridimensional, y son cuatro también los puntos cardinales que sirven para fijar nuestra situación en el camino. Según esto, ¿cuál podría ser el esquema dinámico de una política de equilibrio en el mundo actual? Evidentemente, a las dos fuerzas hoy en pugna habría que agregar otras dos fuerzas de igual momento. Serían Europa-continente y la Comunidad británica o Commonwealth; pero esto se sale de la modesta pretensión de este ensayo.

última conferencia de los Ministros de Asuntos Exteriores de Occidente, en Londres, se ha llegado a un principio de coincidencia para organizar, al modo que el Atlántico Norte, el Mediterráneo Oriental y Oriente Medio (3), Surasia y Extremo Oriente, en sendas estructuras diplomático-militares.

Ahora bien: sucede en el orden internacional lo que en el nacional, a saber, que la polarización de las fuerzas produce desequilibrio, y del desequilibrio viene fatalmente el choque. Al escindirse toda sociedad de tipo nacional en el binomio patrono-obrero y desaparecer las demás clases sociales, se desencadena la lucha a muerte por la prevalencia de uno de los factores de aquel binomio. Eso mismo es cabalmente lo que acontece ahora en el panorama político del mundo, al enfrentarse de igual a igual la Rusia proletaria y la Norteamérica capitalista. En ambas esferas, la nacional y la internacional, no hay compensación, ni, por consiguiente, equilibrio estable, si no entra en juego un tercer factor. En el ámbito nacional, ese tercer factor es la clase media; pero ¿cuál será el tercer factor que equilibre el sistema internacional de ahora?

CRISIS EUROPEA

Nos hallamos ante la encrucijada: un camino va a Wáshington; el otro va a Moscú. Así está trazado hoy el esquema de marcha para el mundo. ¿No hay otro esquema que el de la bifurcación? Concretamente, pues es lo que atañe a mi tesis: el hombre europeo, ¿ha de elegir precisamente uno de esos dos caminos o posibilidades? ¿No podrá echarse a andar a través de la horcadura de la encrucijada, trazando la bisectriz hacia su destino? ¿Por qué limitarse a dos solas posibilidades divergentes, que, por otra parte, atraviesan un paisaje cultural y moral en que se yerguen símbolos y formas de vida que no le acomodan a la natural

(3) Pero Turquía, que sería siempre punto clave en el dispositivo estratégico del Oriente próximo, parece resistirse a entrar de lleno en el programa trazado en Londres. Su Ministro de Asuntos Exteriores, Koprolu, en recientes declaraciones, ha afirmado que Turquía no puede desconocer su situación de vecindad con Rusia y de hermandad histórica con los demás países del próximo Oriente. Por tanto, ha venido a decir Koprolu, la política exterior de Turquía será de amistad con Occidente, de buena vecindad con Rusia y de hermandad con los demás países Medio-Orientales. Y, aunque matizando más las obligaciones de Turquía con el ámbito occidental a través de sus tratados de alianza con Inglaterra, Francia y Norteamérica, el jefe del nuevo Gobierno turco, Adnan Menderes, ha venido a confirmar esta postura al definir, en la nueva Asamblea Nacional, la política exterior del país, a la que ha dado por objetivo «la paz y la seguridad en el Mediterráneo oriental y la estrecha cooperación con los demás Estados del Oriente Medio».

preferencia europea, de suyo irónica, y que se posee y goza a sí misma al tomar la existencia, no totalitariamente y en bloque macizo, sino con un exigente sentido selectivo? Escoger, jerarquizar; he aquí las funciones que definen al europeo, el hombre que por no avenirse a aceptar la vida en masa, es el hombre libre por antonomasia. La europeidad significa tensión perenne hacia el vuelo, lo mismo en las almas que en las formas culturales. El impulso flameante es europeo. Viéncle de casta: en él han decantado su esencia, requintada, las culturas mediorientales de la antigüedad —Israel, sobre todo—, y la sabiduría heleno-romana. Hay que remediar, pues, la negatividad de salvación que alternativa tan materialista comporta.

Europa paga, en la crisis que ahora sufre, los errores que otrora cometió. Crasos errores que han estado a punto de disolverla. Datan ya de muy atrás: del Renacimiento y la Reforma luterana, cuya traducción a lo político dió por fruto la atomización de la hermandad europea en una pluralidad de nacionalismos rivales. Lutero y el Renacimiento rompen con el sentido jerárquico y orgánico que la Edad Media había dado a Europa. Cuando esta estructura medieval estaba a punto de rendir sus máximos frutos, los arqueólogos, como Lorenzo Valla, y los heresiarcas, como Lutero, después, dieron al traste con aquella equilibrada realidad. Lutero, sobre todos, con su libre examen y su determinismo puso la raíz de la democracia inorgánica y del marxismo totalitario. La obcecación, ya, de un Ockam arguyendo con la voluntad general del Concilio contra la voluntad unipersonal del Papa, sienta, con casi cuatro siglos de adelanto, la tesis rousseauniana del sufragio popular como apelación suprema. La soberanía del Concilio se equivale con la soberanía del pueblo. Es el imperio de la masa indiferenciada, históricamente irresponsable.

La propia España luchó hasta el agotamiento de sus bríos contra la disgregación de Europa y fué vencida por el mayor número en las guerras. Ya desde Carlos I dejan la administración política española y la producción de someterse a puras normas medievales de jerarquía y corporatismo. Los Gremios y las Cortes van languideciendo. Con Felipe II el Estado español se hace absolutista y dejan de funcionar las Cortes. El absolutismo fué el invento del Renacimiento —«El Príncipe»— y de Lutero. La soberanía (otro concepto disgregador), es de Bodino. La «razón de Estado» fué la gran arma demoleadora del orden

medieval. Fueros, Gremios, Cortes orgánicas sucumbieron a ella. Un rey francés pudo llegar a la definición estereotipada del absolutismo con su «L'Etat c'est moi».

Por reacción contra el personalismo absolutista vino la Revolución Francesa —un eslabón más en la cadena disgregadora de Europa—, con su idea del pueblo soberano; absolutismo del «demos». En realidad, absolutismo del partido de turno. Pero absolutismo que el personal, pues éste, al menos, se sentía responsable ante la ley y la historia. Y así hasta las dictaduras de masa, con tiranos sin conciencia del desarrollo lento y orgánico de la histórica —hombres de aventura —iman-tándolas hacia lo ilimitado.

Otro grave efecto de esta crisis europea ha sido la atomización de la sociedad en individuos abstractos, con lo que el hombre ha dejado de importar por su conducta y su valía para contar por su voto. Desde el momento en que la voluntad del mayor número se proclama dogma de gobierno, sucumben calidades y valores —que son siempre personales e intransferibles — y se imponen las cantidades.

Europa se resiente hoy de esta cuantificación, a que ha estado sometida y forzada durante siglos. Se la nota percatándose por sus mentes más alertas —cual por antenas sensibilizadas a los alisios del espíritu—, percatándose de la mentira de sí misma, que aun la oculta, y buscando su verdad a puro sincerarse, a puro desnudarse, a puro arrancarse pegotes y revocos seculares.

Pero nótese bien: se trata de una crisis sustancialmente política, es decir, que afecta al mismísimo ser de Europa como comunidad de hombres civilizados. Crisis de continentalidad diríamos, por el estilo, sólo que en formato mucho más grande de aquella que alteró la textura política de los helenos en tiempos de Alejandro y Aristóteles. También entonces combatían dos conceptos en la anficiónía helénica: uno, personificado por Alejandro, intuitivo y certero; otro, por Aristóteles, el intelectual frío y razonador. Alejandro trasveía en el imperio la comunidad trabada de varias culturas que se fecundan; Aristóteles no acababa de romper el cascarón lógico del Estado-ciudad y, por eso, no entendió ni captó la transformación política que estaba aconteciendo a sus mismos ojos por obra de su discípulo Alejandro. Frente a la cerrada lógica del maestro, frente a las formas estancas del Estado-

ciudad, sentía Alejandro la urgencia inevitable de ir al alumbramiento de formas más amplias.

También ahora luchan en Europa dos imágenes o figuras de lo político: la imagen aristotélica de los nacionalistas que se vuelcan todos en sí mismos en una especie de solipsismo búdico, y la imagen alejandrina de los continentalistas que no ven la vigencia posible de las partes sino es articulándolas como miembros, funcional y anatómicamente en el todo. ¿En qué quedamos? ¿En decidirnos por una Europa-archipiélago de naciones hermetizadas? ¿O por una Europa organizada y en compostura, donde la sangre del espíritu riegue por igual todos los tejidos del cuerpo? ¿Cuál es la posibilidad del futuro: una Europa nominal como desideratum, mientras cada una de sus partes reales se desliga de la otra o trata de aniquilarla? Entonces ya sabemos el fin inevitable, pues a punto ha estado Europa de ser barrida, como complejo civilizador, en la conflagración última. ¿O hemos de ir a una Europa-continente adecuando geografía y política? Tiempo hubo quizás en que las naciones eran límite holgado de convivencia y justificaban su finalidad en la autarcía económica y en las fronteras *naturales*; el río, la montaña. Pero ya han pasado esos tiempos de formato nacionalista. La aviación, la «teleferación» radiada —llámese propaganda o llámese bomba atómica el bólido dirigido por las fuerzas impulsoras de la ondulación etérea— han echado abajo las fronteras *naturales*. El límite de convivencia lo marcan los continentes, los grandes espacios. La suficiencia económica condiciona ahora, como siempre, la dimensión necesaria del Continente. Han perdido vigencia las estructuras del nacionalismo. Creo que vamos hacia un mundo en que los pueblos, más que por lindes geográficos y más que por espacios continuos, se han de definir por sus lindes éticos, por sus preferencias espirituales, por su sistema de creencias vivas. Sucede, o está a punto de suceder, en lo político, lo que ha sucedido ya en lo social, donde la compartimentación en clases cerradas y autónomas ha reventado de sí misma para parar en la masa inorgánica. Mayor solidaridad hay hoy en día entre los componentes de un estamento social cualquiera —obrero, intelectual, capitalista— de varias naciones, que no entre los estamentos sociales dentro de cada nación. El llamado problema social —y el sarpullido comunista es prueba tangible— no tiene solución más que en el ámbito *continental*. Su índole rebasa las fronteras naciona-

les. Piénsese que no hay en Europa un solo país con economía suficiente para mantener a sus habitantes a la altura de un nivel vital decoroso. Ahora bien, la presencia directa de la «variable» económica en la ecuación social y política, es incuestionable, y sin que sea despejada, fijándole cantidad, esa variable, la ecuación se trueca en enigma.

ERROR DEL «MUNDIALISMO» POLITICO

La O. N. U. aspira a un mundo único. ¿Es esto posible? Bosquejemos un poco, aunque sea en escorzo, el problema. Todo tiene su origen en Dios, como causa de causas. Por tanto, también la autoridad, que no es otra cosa sino la reducción de la muchedumbre a la unidad de fin. En este sentido, es uno el mundo y una la humanidad, por cuanto *uno y otra convergen desde todas sus criaturas hacia la meta misma* que desde fuera los liga y mantiene en orden. La unidad de lo plural no consiste en otra cosa que en la unión para un objetivo. Pero como lo plural no se une por lo entitativo —porque entonces daríamos en el monismo panteístico—, sino por el fin a que aspira —y ese fin es Dios—, resulta claro que *desde fuera* —y no desde dentro— actúa la autoridad sobre el mundo y sobre la humanidad. Si el fin fuera inmanente, cada cosa sería fin de sí misma, lo cual repugna metafísicamente: nadie es fin de sí. Todo es *para* algo. Todo ser connota otro ser. En último extremo, la acción define a cada criatura, y la acción es tendencia a un término.

Desde fuera — y no desde dentro— rige Dios el mundo. Desde fuera rige la autoridad al súbdito. No hay, empero, un fin último inmediato en la economía de la Providencia, sino una cadena de fines o una correlación armónica de éstos que, desde fuera, les es impuesta. Ni el universo es una comunidad unitaria, sino federal: no hay un solo sistema cósmico, sino muchos; no hay centro único de sustentación y convergencia, sino una pluralidad de centros que entre sí se equilibran. La concepción heliocéntrica ha resultado un espejismo. El cosmos es también una anficiónía física de constelaciones. La anficiónía como tal —como conjugación de diversidades—, y no las constelaciones directamente, está referida a una ley —la de Dios—, que lejos de ser unitaria se articula en peculiar código para cada sistema. No existe un mun-

do unívoco, sino un orden de mundos equívocos o análogos. Y así, lejos de ansiar la unificación de la humanidad, hemos de concebirla como una pluralidad de sociedades, de culturas, de economías, de continentes geofísicos, cada cual con su centro y su código privativo. Los continentes son a lo político, lo que las constelaciones a lo físico; la órbita que limita el campo dentro del cual se verifica la unidad de obrar y de ser políticos de diversos pueblos. Y cada pueblo es, a su vez, lo que dentro de una constelación es cada astro. Del mismo modo que si un astro se desprende del sistema adviene el choque y la catástrofe, así cuando un pueblo se desordena y suelta del Continente a que pertenece estalla la revolución y la guerra. La desorbitación, en lo físico como en lo político, es la ruina del sistema, no sólo del astro que se desorbita. Pero para que el sistema *continental* prevalezca, es preciso que cada fin singular de los pueblos «continentalizados» se articule como parte del fin común del sistema; y que el fin *sistemático* esté fuera de los fines singulares. El fin sistemático es la autoridad, la cual debe ser superior a las autoridades o centros individuales de cada órgano del cuerpo político. Cada uno de estos órganos es, a su vez, como cada astro, una totalidad *continental* de inferior grado respecto a sus componentes: cada Estado es *continente* de sus regiones, y éstas de sus provincias, y éstas de sus municipios, y éstos de sus familias: la familia es la célula fundamental, de la que son elementos políticamente *necesarios* los ciudadanos, los hombres de carne y hueso. Cada uno de estos órdenes y órbitas continentalizadoras se subordina a la otra, de menos a más, y todas al Fin último que, desde fuera de ellas, las converge hacia sí como Autoridad suprema y soberana, a la que no cabe destronar; ni Ella puede abdicar, ni transmitir su derecho. De esta manera, lo mismo que en el orden físico, es Dios en el orden político la Causa del orden social y la causa de las autoridades *continentales* en sus diversos círculos. Estas son participaciones de Aquélla.

De aquí proviene que el mundialismo político sea tan ilógico y tan imposible como el mundialismo físico. No habrá nunca un Estado mundial, como no hay una sola gravitación universal. La universalidad no está en lo entitativo, sino en la finalidad. La humanidad —substrato de lo político— es una, como la materia. Pero sólo la forma específica; y las formas son muchas, y cada una con su por qué y su para qué.

Como aun siendo la carne y la materia del cuerpo unas para todo el complejo, cada órgano difiere del otro por la forma en que esa materia se ha plasmado y por el fin que ese órgano ha de realizar. De aquí el absurdo de hacer que cada órgano de un Continente político —esto es: cada Estado dentro de una agrupación de Estados— tenga la misma forma. Sería como soñar en la identidad absoluta de los Estados y de las cosas, ya que siendo la materia única, la singularidad le viene de la forma. El uniformismo es puro materialismo, es darle a la materia rango activo, rango creador, cuando su fin no es ese, sino ser sustentáculo del acontecer de las formas. La materia es lo invariable, lo universal, lo pasivo; la forma es la presencia de la cosa en el mundo de la existencia: es la actualización de la esencia, su historicación. Sobre la humanidad van acacciendo los Estados como sobre la materia prima van plasmándose los cuerpos. Formas universales, plurales, no existen, porque tendrían que ser eternas, ya que la universalidad espacial supone la universalidad del tiempo. Las formas plurales se realizan en el espacio y el tiempo. Sólo Dios es forma pura, inmaterial, eterna... Por eso, es luchar contra la Naturaleza el intento de informar a la humanidad por una sola soberanía. Sólo el Papa, en cuanto *vicario único* de Cristo en la tierra, es mundial autoridad de la Ciudad de Dios en el destierro. Pero entiéndase que esa función papal es de índole divina, no humana, en cuanto tiene las atribuciones de Cristo-Dios sobre los hombres; no en cuanto representa las atribuciones de la humanidad. La Jerusalén terrestre es pura proyección histórica de la celestial. Pero ningún Estado es proyección histórica de la comunidad de los santos. El Estado nace como consecuencia de la naturaleza humana; la Iglesia, en cambio, nace a consecuencia de la Redención Divina. El Estado, pues, significa una forma histórica pura y simple, y, como tal, contingente. La Iglesia, empero, es eterna. Como tal forma histórica, el Estado tiene un desarrollo orgánico lento que tiende a ir creciendo por incorporación del contorno. Por eso, cuando el atomismo nacionalista ha fracasado, se impone su superación por otra forma política en que, en vez del egoísmo, prevalezca el solidarismo; y en vez de las fronteras impenetrables, la organicidad osmótica de unas órbitas que se completan en una constelación.

EUROPA, TERCER TERMINO

Creo que queda sobradamente delineada la coyuntura política del mundo en que vivimos. Tanto, tanto se habla y se escribe de «guerra fría», que muy bien pudiera suceder que, efectivamente, de buenas a primeras, y sin que se percatasen siquiera de ello los estadistas, estallase como quien dice entre las manos este artefacto, con dos polos de deriva, en que apresuradamente se ha constituido el mundo de la postguerra. Por ello, entiendo que es preciso propagar la idea ya latente y germinando en las conciencias más alertadas de este viejo soñar de la cultura heleno-cristiana, de que Europa no encaja en la polaridad soviético-yanqui, sino que tiene categoría por sí misma para ser el tercer término en la dialéctica de la «guerra fría». Ese tercer término de que depende la estabilidad política y económica de las fuerzas que están trabajando por un mundo nuevo. Si una sociedad nacional atomizada en individuos se despeña en la anarquía, también un mundo parcelado en muchos jaqueles incommunicables, se dispersa y esteriliza. Para que haya orden vivo y estabilidad creadora, son absolutamente necesarios tres o cuatro estamentos —rara veces uno más— que compartan la responsabilidad histórica del poder. Entonces cabe afirmar que existe jerarquía. Y bien, transportado este razonamiento a la esfera mundial, el orbe está totalizado hoy en dos bloques, y cada bloque en una masa aislada, algo así como un acorazado en tenso alerta hacia la masa que tiene enfrente. Si no sobreviene la formación del tercer bloque autónomo, la tirantez tendrá que romperse.

Europa posee todas las condiciones de orden geográfico, cultural, industrial, racial, religioso y económico, para formar por sí misma un mundo, el *tercer mundo*. Ciertamente que, en la actualidad, una parte no desdeñable de esa Europa se encuentra desgajada del tronco común, pero cabe confiar en su reintegración paulatina a su origen. Ni los países Bálticos, ni Polonia, ni Checoslovaquia, ni Hungría, ni Rumania, ni Bulgaria, ni Yugoslavia, ni Albania parecen susceptibles de ser moldeadas definitivamente por la impronta soviética. Ahí está, para prueba, la frecuencia con que el Kremlin ha de realizar la depuración de los propios partidos comunistas que rigen a esos países satélites. Estas depuraciones no se hacen sin que a la zaga dejen una estela de resentimiento y de rencor, no sólo en los depurados y sus adeptos, sino

incluso en la masa pasiva y anónima, de la que el despecho irá haciendo aflorar sucesivamente descontentos. El bocado de la Europa oriental, que la U. R. S. S. se tragó, al socaire de la abulia o de la ceguera de la diplomacia anglo-yanqui, le está costando una indigestión tremenda a Rusia. No es Europa alimento que pueda digerir el estómago de Moscú. El comunismo triunfa fácilmente en los pueblos donde la diferenciación psicológica está apenas insinuada y donde el hombre está diríamos que anegado en el oleaje comunitario. Pero el europeo se siente dueño de sí mismo y de la circunstancia, es un luchador, acostumbrado a dominar las cosas y a prevalecer de la materia que doma con sus manos y con su inteligencia. A duras penas un sistema tan igualitario y nivelador como el comunismo, puede ser aceptado, establemente, por el hombre europeo. Ya más veces en la Historia, la marea oriental inundó las tierras europeas y al cabo de más o menos años, retrocedió a su álveo natural. La U. R. S. S. de hoy no creo que sea distinta del Atila de anteaer, ni del turco de ayer. Para los asustadizos que se hacen cruces ante el arrollador avance de la Unión Soviética sobre territorio europeo, es obligada la cita histórica de que Atila llegó hasta Roma y fué vencido luego en los Campos Catalaúnicos, en la extrema marca de Occidente, y que el turco fué contrastado a las mismas puertas de Viena. Además, todos los indicios que se cuelean a través del «telón de acero», señalan la germinación de fermentos «occidentalistas» en la propia *masificada* y *marxificada* Rusia. La minoría que regenta la inmensidad soviética es europea, por linaje y por tendencias, y surge la esperanza de que, aunque lentamente, ante el fracaso de llevar a la práctica el sistema comunista puro, los hombres del Kremlin deriven algún día hacia soluciones más consonantes con el módulo europeo. El comunismo ha llegado a su punto máximo de tensión, y ya se notan síntomas de aflojamiento, a pesar de todas las purgas políticas y procesos de bastardía. No participo de la opinión de quienes sostienen que Rusia, en caso de conflicto, pudiera lanzarse en alud arrollador sobre la Europa libre. Me fundo, para ello, en una experiencia histórica; Rusia nunca ha vencido definitivamente en sus incursiones sobre Occidente; ha logrado siempre sus victorias defendiéndose contra la invasión extranjera de su territorio. Por otra parte, aun dando por ciertos los datos del inmenso poderío militar que tiene hoy

sobre las armas la Unión Soviética (se habla de doscientas divisiones de doce mil hombres cada una), hay que pensar que esa masa de maniobra tendría que presionar sobre un vastísimo frente, que va de un océano a otro, y en tan gigantescas inmensidades, no doscientas, sino mil divisiones de hombres quedarían disipadas en el vacío. Recordemos que Alemania, y sólo inundó una parte mínima de Rusia, se desfondó en su ofensiva, porque sus divisiones se desvanecían en el espacio. Y la técnica militar alemana, como sus medios logísticos, eran muy superiores a los que Rusia puede utilizar. Además, al avanzar sobre Occidente, Rusia dejaría detrás unas comunicaciones larguísima a merced de la aviación enemiga y de los golpes de mano de las guerrillas etcétera, etc. Esto sin contar que la densidad demográfica de Europa ofrece pavorosa resistencia a cualquier invasor que no encuentre el camino facilitado por la ayuda de los propios europeos. Napoleón, que era un genio y tenía adeptos en todas partes de Europa, se deshizo como un azucarillo en el agua al cabo de tres campañas. Si hay en el globo terráqueo un trozo difícil de dominar por cualquier poder extranjero, es el conglomerado de pueblos europeos, los cuales, por su superior nivel intelectual y por su excepcional poder de iniciativa, son capaces de las resistencias más empuinadas.

Si comparamos la productividad de la industria europea, su red de comunicaciones y su técnica, con las que puede Rusia, en la hipótesis bélica, disparar y desplegar sobre Europa, no cabe la menor duda de que el resultado final sería el desgate y desmoronamiento del invasor.

El verdadero peligro no está en una invasión física de Europa por Rusia, sino en la paulatina corrosión de las raíces ideológicas de Europa por el gusano de la discordia interior, nutrido por resentimientos de índole social. El «quintacolumnismo» ofrece, para mi modo de ver, más peligro que no el ejército de la U. R. S. S.; y allá los técnicos con los cálculos que se hacen sobre la potencia destructora e intimidativa de los modernos instrumentos de combate: bomba atómica, proyectiles teledirigidos, etc. Pero cabe responder a este interrogante con la respuesta de que, hasta ahora, en todo el largo proceso de la historia de la guerra, siempre la coraza logró despuntar la espada. Es decir, que las armas ofensivas hallaron siempre la réplica de la defensa adecuada.

Europa, por tanto, además de tener personalidad histórica propia para rechazar por sí misma toda filtración, posee la suficiente consistencia militar, económica, moral, para ser autónoma, independiente, señora de su destino. En la polaridad en que se ha dualizado el mundo actual, los intereses continentales de Europa son distintos abiertamente de los de Moscú y de Wáshington. Distintos no quiere decir contrarios. La expansión necesaria de la productividad industrial de Europa reclama su espacio vital, que no tiene por qué ser el mismo espacio vital de Norteamérica ni de Rusia. El espacio vital de Europa es Africa (y quede esta afirmación flotando aquí, ya que me es imposible ahora darle cumplida explicación). No es cuestión de traer a cuento, como comprobaciones de esta tesis de autonomía europea, los hechos de todo orden que la fundamentan. Pero sí quiero insistir en la observación de que Europa es el bloque humano de más alta demografía y más cerrada homogeneidad que existe en el mundo. Exceptuada China, que es un hormiguero difícil de definir, no hay otro conjunto político que ofrezca la estructura diferenciada y personalísima que esta punta extrema del bloque geográfico de Asia. Los doscientos cinco millones (en números redondos) de la U. R. S. S., con su bajo nivel intelectual y moral (4), no pueden contrastar los trescientos setenta millones de europeos, y menos aun cabe enfrentarle los doscientos y pico millones de americanos que en realidad son, en su parte dinámica y creadora, choznos y nada más que choznos de Europa. Por tanto, la tesis de una Europa con destino intransferible y autonomía cabal, no supone meramente el intento de salvar a la desesperada una personalidad. Acaso la gravísima crisis, por la que Europa ha atravesado en los últimos años, haya creado en muchos espíritus, irreflexivos o pacatos, la idea de una Europa secundaria y auxiliar en relación con cualquiera de las fuerzas que se la disputan: Rusia, Norteamérica. Pero hay que decir que lo que procede es precisamente lo contrario: hacer de Europa el poder moderador del mundo, el juez de las disputas, el fiel de la balanza. Ahora bien, el fiel se define precisamente por no inclinarse a uno ni a otro platillo. Colocarse en su sitio, que es el centro de la

(4) Aunque restemos a Europa y se los sumemos a Rusia los setenta millones de hombres que corresponden a los países satélites, todavía la ventaja demográfica seguiría siendo europea. Y un europeo vale más que un habitante de la estepa.

estructura política del mundo; he aquí la conducta que le corresponde a Europa.

Europa está hoy, en cierto modo, secuestrada por esos dos imperialismos extraeuropeos que pugnan entre sí por el predominio. Pero su autonomía radical y sustantiva sería locura preterirla o desconocerla. Europa, quiéras o no, es cabeza todavía del mundo y lo seguirá siendo. Ese racionalismo luminoso con el que el europeo ordena en sistema su propio pensamiento y las cosas que le rodean; esa voluntad, nunca satisfecha de sus logros, con que acomete empresa tras empresa, en una continuada vocación por superarse; ese poder mágico con que desde Atenas viene heredándose a sí misma y lanzando de su entraña siempre nuevas criaturas espirituales; esa maravillosa textura de espíritu que le dan sus saberes de todo orden, su sensibilidad estética, su decoro moral; esa su capacidad para armonizar los contrarios en una síntesis de fuerza; su postura medianera y diríamos que de visagra y vértebra entre Oriente y Occidente, o lo que es lo mismo, entre el mundo de ayer y el del mañana; son rasgos esenciales por los que Europa no pasa y continúa siendo algo así como un *hoy* en mediodía que no se acerca al ocaso. Si el mundo ha de responder en su configuración política a la idea de Dios, no cabe duda que ha de ser un mundo trinitario y no un mundo maniqueo. La propaganda actual se empeña, desde una y otra ribera, en hacernos a todos maniqueos; o hijos de la luz o hijos de las tinieblas. Pero Mance representa la encarnación de un imposible metafísico: hacer del Mal Absoluto una positividad pareja del Bien Absoluto. Pero el Mal no *pone* cosa alguna en el mundo; la *quita*, si cabe hablar así.

Dije antes entre paréntesis que África era el espacio vital de Europa y me confirmo ahora en esa tesis. Estamos en presencia de un vuelco total, verdaderamente geológico, de las líneas que configuran el mundo político. Desde que la humanidad recuerda, el hombre y la cultura habían realizado su avance por el giro del sol, de levante hacia poniente. Todas las civilizaciones que han sido, partieron de la aurora hacia el ocaso, pisando los paralelos, y no digo esto en un sentido metafórico, sino real y geográfico. La última magna proyección del espíritu civilizador, Europa la realizó, a partir del 500, sobre el hemisferio americano, el Occidente por antonomasia. Con esta magna haza-

ña, el progreso civilizador horizontal diríamos que se mordió la cola realmente. Con la vuelta al mundo, realizada por primera vez a bordo de carabelas españolas, la dirección civilizadora se abrochó como un cinturón al planeta. Consolidada ya esa fase, el ímpetu horizontal ha dado una caída de ángulo recto, y hoy la marcha ya no es de levante a poniente, sino de norte a sur, pisando los meridianos (5). Acaso sea este fenómeno, que todavía no he visto expuesto por ninguna mentalidad oteadora, el que va a decidir la suerte de los destinos continentales. Creo que la etapa individualizadora de lo nacional está agotada y que la *continentalización*, en todos los órdenes del espíritu y de la vida de los pueblos, está llegando como un imperativo categórico de los tiempos. Esto, claro está, produce en las inteligencias el mismo desconcierto de quien, acostumbrado a ir por un rumbo, topa de pronto con el paredón que se lo corta. Todavía, vanamente, Europa se empeña en dispararse por su trayectoria hacia el oeste. Pero ahí ya no hay misterio que descubrir. El espacio virgen, el espacio civilizable y explotable, se extiende en un sentido longitudinal y de plomada. A las zonas latitudinales de antes, han de suceder los sectores verticales de ahora. Y así cabe prever la reorganización del mundo político en tres magnas estructuras perpendiculares: Eurásica, una de ellas. Las tres cabezas de esos mundos serían, probablemente, Norteamérica, Europa, Rusia —siempre que la minoría rectora de este país sea, como hasta aquí, europea, pues en otro caso podría China desplazarla—. Un «monroísmo» euroafricano se impone, y conste que considero parte de este espacio la geografía del Oriente Medio, complementaria de la economía europea. La densa arquitectura industrial de Europa, requiere como «complementariedad» económica el ancho espacio africano donde verter su producción, su espíritu, su moral de trabajo. Este concepto de «complementariedad» ha sido siempre el que secretamente ha impulsado a los pueblos creadores. Y pueblo creador por excelencia ha sido Europa. Se ha dicho, y creo que certeramente, que el europeo es un ser perennemente insatisfecho, anhelante, lanzado siempre hacia lo lejano. No deja de ser significativo que, de todas las literaturas del mundo, la que más ha cultivado el tema lírico de la lejanía es la literatura europea, principalmente la española y la alemana.

(5) Ahora mismo, Norteamérica se dispara Pacífico allá, hacia Japón y China, como impulsada por el giro del sol, sobre los rieles de los paralelos, y por eso ha chocado con Rusia, presente allí (Puerto Arturo).

EL PLAN SCHUMAN

La tendencia a darle a Europa vigencia autóctona se viene accuando desde 1948. Ya los primeros Tratados internacionales europeos de posguerra, aunque acaso inconscientemente, fueron fruto de esta tendencia. Pero a medida que Europa, saludablemente inyectada con la corriente áurea del Plan Marshall, ha ido recobrando fuerzas, la idea autonomista ha ganado contorno. La resistencia que a insertarse en el Pacto Atlántico ofrecieron los pueblos escandinavos, en el fondo pudo muy bien deberse a un agudo sentido de esa autonomía. Y aun los pueblos que, por las circunstancias, aceptaron de grado comprometerse en dicho Pacto, buscan ahora el modo inteligente de estar en él, no como auxiliares, sino como iguales del gran poder de Norteamérica que propuso y elaboró las bases del compromiso. El Plan Schuman nace de esa raíz. No es aun una estructura de la economía de Europa, ni siquiera de las industrias pesadas de Alemania y de Francia; pero aspira a ser, por lo que se trasluce, la plataforma sobre la cual se construya el nuevo orden político de Europa. Ya empieza a marchar contra viento y marea. El primer paso para la solidaridad política del Continente europeo está dado. Bien es verdad que por ahora Gran Bretaña, con su acostumbrada técnica dilacionista y expectante, se ha reservado la decisión de insertarse o no en esa supercomunidad económica. (La dependencia existencial que tiene de su imperio transmarino intercontinental, le obliga a obrar con reservas y cautelas.) Pero Italia, Alemania occidental, Bélgica, Holanda y Luxemburgo se han adherido a Francia, protagonista del proyecto. Al margen de este embrión de Europa, queda aun toda la periferia continental; a saber: sus grandes penínsulas, esas que precisamente le trazan su inconfundible perfil ante el mundo circundante. La indecisión británica puede ser consecuencia natural de su propia fisonomía. La «insularidad» se opone sustancialmente a la «continentalidad». Si Francia ha hablado «en continental», Gran Bretaña se expresa «en isleño». Pero si Europa ha de volver a su rango de primacía, será «continentalizando» sus decisiones y sus programas (6).

(6) Gran Bretaña, al negarse a participar de cara en la unificación económica de Europa, lo hace pensando en las complicaciones que una resolución afirmativa le iba a deparar ante los miembros de la Commonwealth, pero Gran Bretaña volvería forzosamente a considerarse

Importa decir lo que *no debe ser* el Plan Schuman, si de veras ha de realizar su finalidad europea. La solidarización de las industrias pesadas de Europa nunca puede otorgar licitud para que los países poseedores del grueso de esas industrias lleven a cabo la política egoísta de los «truts» y «cartels» para aplastar a los otros países menos privilegiados. Eso sería trasladar al orden continental los graves daños que el monopolio ha deparado al estrato nacional. La rivalidad de esos consorcios verificaría en el plano económico la misma tarea de dispersión atomizante que la rivalidad mutua de los Estados en el plano político. El proyecto Schuman, para ser europeo, debe *no ser* particularista. Sus posibilidades son grandes hacia el futuro. (Si la política de partidos no da al traste con él.) Su realización está supeditada al abandono o nueva interpretación de algunos conceptos básicos del Estado moderno: soberanía (Bodino), predominio (Hobbes), el voto como suprema apelación (Rousseau), etc. El que Gran Bretaña quede al margen del plan, no lo invalida. Tampoco tiene por qué sufrir la enemiga de los Estados Unidos, pues por muy grande que sea la productividad industrial de este país, no puede honradamente aspirar a desplazar de toda la geografía africana y medio-oriental la estructura industrial europea. (Digamos, entre paréntesis, que el mundo árabe, por su situación territorial, como por su historia y cultura, forzosamente habrá de ser en lo político como en lo económico un armónico de Europa, si no quiere dejarse dominar por la reveladora máquina soviética. Su geografía da la «complementariedad», con el petróleo, a la dinámica de la economía europea.)

A pesar de la alharaca que se ha movido en torno al Consejo de Europa, parece probable que sea el Plan Schuman camino más directo para llegar a la unificación que no la Asamblea Consultiva y las frecuentes reuniones del Comité de Ministros que desde hace dos años viene haciendo que hace por darle al Continente un encaje unitario.

europea el día en que se desgajaran sus Dominios y Colonias de importancia; hoy no es europea, sino intercontinental: Canadá, Suráfrica, Australia, Indostán, Pakistán, etcétera.

El manifiesto laborista sobre política exterior, recientemente publicado, ha venido a situar las cosas en un terreno donde será muy difícil que pueda haber acuerdo entre la mentalidad, radicalmente libre y cristiana, del europeo continental, que no se declina por ningún ideario marxista, y la mentalidad que el laborismo inglés parece querer imponer sobre la hipótesis de una Europa solidarizada. Las bases sobre las cuales el laborismo aceptaría formar parte del Plan Schuman, son: A) Nacionalización de todas las grandes industrias de producción y de transporte. B) Previa modulación socialista de la política continental, hoy dirigida por partidos demo-liberales. C) Extirpación de los principios económicos que hoy prevalecen en las formas contractuales del comercio y de la propiedad raíz y mueble.

Y es que lo político está condicionado por los hechos de la realidad, y estos hechos tienen nombre de específica índole económica: moneda, aduana, arancel, etc., etc. Hasta tanto que no se hayan unificado estos hechos en una estructura continental, todos los intentos paneuropeos de la política se anonadarán en el vacío.

Gran Bretaña parece haber fijado su pensamiento respecto del Plan Schuman, en una fórmula que pudiera ser esta de «The Times»: *«Ningún Gobierno británico podría aceptar anticipadamente el plan que requiere cesión de soberanía y coloca los recursos de este país en carbón y acero a voluntad de una autoridad internacional.»* Es decir, tanto como esto: Gran Bretaña no acepta el Plan Schuman, porque la aceptación implicaría que la Commonwealth quedase asimismo comprometida bajo una autoridad que no fuese directamente la de Londres. Esta suprema autoridad paneuropea, postulada por el Plan Schuman, es la que arredra también al «Manchester Guardian» y al «Daily Herald». He ahí los prejuicios nacionalistas operando sobre la dialéctica política.

EUROPA, APARTE

El primer conato de darle a Europa consistencia y suficiencia, tanto en el orden económico como en el político, ha suscitado algunos resquemores y no pocas prevenciones en la Prensa trasatlántica de idioma inglés. Exagerando algunas frases aparecidas en el periódico francés «Le Monde», la Prensa norteamericana ha arremetido contra la que llaman tendencia neutralista de algunos europeos. De esta polémica de prensa se ha hecho eco en un comentario sinuoso y escurridizo, como casi todos los suyos, «The Times», de Londres: *«Una cosa es suspirar, ¡si por lo menos, fuéramos neutrales como Suecia o Suiza!, y otra abogar por la neutralidad como política inmediata y práctica. Los argumentos en pro de la neutralidad no pueden dejarse sin contestar apoyándose en que son evidentemente absurdos.»* Se refiere después el mismo periódico al miedo francés de que la posibilidad de una guerra con Rusia haga inevitable para los occidentales el rearme alemán. A continuación, el editorial del periódico fustiga a los intelectuales franceses por menospreciar la cultura norteamericana, falsificándola, y añade: *«Pocos franceses creen realmente que es posible la verdadera neu-*

tralidad, o que se respetaría en el caso de una guerra.» Todo el pensamiento del editorialista, cautelosamente expresado, tiende a identificar el interés europeo con el de Norteamérica, para destacar que la tensión entre Moscú y Washington es, a la vez, tensión entre Moscú y Europa.

Como se ve, existe espesa niebla en torno a los perfiles de lo que puede y debe ser una *Europa aparte*, que *no es*, ni mucho menos, una *Europa neutral*. La neutralidad no se escoge de antemano, sino que se la encuentra sin pretenderlo, cuando, ante el conflicto armado de dos contendientes, el espectador realiza el logro de una política suya y fuera del ámbito de intereses en que actúan las armas. Evidentemente, si es difícil a una nación mantenerse neutral, cuando su geografía es de vital importancia estratégica para uno de los bandos, la dificultad sube de punto cuando es un Continente el que pretende mantenerse fuera del incendio bélico. No se trata de que, constituida Europa en tercer término de la dialéctica de la «guerra fría», se echase afuera en el caso de que llegase efectivamente la «guerra caliente». Se trata de que Europa no vaya a la zaga, como simple escudero de este o del otro coloso beligerante, sino que se sienta a sí misma y sea el tercero en discordia, que, si es preciso, decide con su acción la jugada. Una Europa autónoma no es necesariamente una Europa al margen, sino una Europa que, por su misma situación geográfica y por su capital valía intelectual y técnica, como por su poderío militar y económico, puede y debe ser el árbitro de toda contienda entre Rusia y Estados Unidos. Ello quiere decir que Europa puede y debe ser la garantizadora de un equilibrio que hoy no existe. Para realizar esta finalidad, Europa no necesita más que articularse internamente en organismo funcional y anatómicamente solidario entre sus partes. No una Europa ajedrezada en nacionalismos rivales, sino una Europa jerárquicamente organizada y racionalmente distribuida la competencia entre sus miembros para que la mano no quiera sustituir a la cabeza, ni el pie a la mano. Una Europa en que cada país soberano ejerza en el conjunto su función privativa y en que los bienes se repartan equitativamente, lo mismo que las cargas. Una Europa donde se refundan y moldeen por nuevas formas los ya inservibles principios del nacionalismo elaborados por Machiavelli, Bodine, Hobbes, Rousseau, etc., y en que el concepto de solidaridad o recíproca dependencia, sirva de causa eficiente

para todas las conductas colectivas. Si Africa es el espacio vital para una Europa autónoma, no hay duda de que la proyección de Europa sobre Africa habrá de ser distinta de la que es hoy, estatuida bajo la idea del predominio, y que los acuerdos de 1885 sobre el reparto africano habrán de ser sometidos a nueva fórmula que permita a cada miembro de la comunidad europea realizar su destino colonizador y civilizador y, a la vez, trasvasar el exceso de su sangre sobre los terrenos semi-despoblados que tanto abundan en Africa.

Recabar Europa para los europeos entiendo que es el mejor modo de que Europa contribuya, como hasta aquí, al progreso cultural, económico y moral del mundo. No es arrancarla de la tarea civilizadora, sino darle en ella el papel de primer actor que le corresponde.

BARTOLOMÉ MOSTAZA.

II. - NOTAS Y CRONICAS
INTERNACIONALES

